

Una miga de pan

por **Gustavo Martín Garzo**

Nací en Valladolid el 13 de febrero de 1948. Valladolid es en ese tiempo una ciudad pequeña, sin industria, con un importante peso de lo rural. De hecho la familia de mi padre procede de un pueblo de Tierra de Campos, situado por tanto en la zona más árida de Castilla, cuya condición casi desértica apenas ofrece otras alternativas que la producción de cereales. Es un dato importante porque una parte sustancial de mi infancia transcurre en ese pueblo. Un pueblo sin árboles, con un río exhausto, de abrasadoras temperaturas veraniegas, en el que gran parte de sus habitantes vive en condiciones difíciles. Mi padre pertenece a una familia acomodada, con grandes propiedades en tierras, católica, conservadora y puritana. El triunfo de Franco ha intensificado estas tendencias, por lo que mi infancia transcurre en parte en un mundo cerrado, sin otras perspectivas vitales que las dictadas por una religión rígida, y claramente persecutoria. De hecho voy a un colegio de jesuitas, donde permanezco once años. Un colegio bien, de pago, donde se margina a los que no son hijos de esa burguesía mercantil y rural, y una y otra vez se nos amenaza con las penas del infierno.

No fui un niño rebelde. Me sometí a esos preceptos y como los otros niños, sobreviví como pude. Lo que muchas veces no era sencillo, pues era ciertamente una época de oscuridad. Mi propio nacimiento tuvo lugar bajo ese signo persecutorio. Mis padres se habían desplazado a Valladolid, desde Burgos, que

era donde habían vivido hasta entonces. Tengo dos fotos de esa época. En las dos está mi madre. En una de ella guapísima. Apoyada en una barandilla de un puente, con las faldas estiradas sobre los muslos, como la vela de una barca. En la otra mi madre y mi padre. No sé dónde está tomada. Mi padre lleva un abrigo muy largo, y un sombrero que le presta un aire muy elegante. Está fumando un pequeño puro, y sonríe a la cámara con una pintita de malicia en el rostro, como si estuviera diciendo: «¿A que no sabes de dónde venimos?». Mi madre no puede estar más guapa. Es la mejor de las fotos que la conozco. Lleva un abrigo de piel, y el pelo negro formando una ola justo encima de la frente. Una ola con una leve depresión en el centro. Tiene los labios y los ojos levemente pintados, y las mejillas tersas y limpias como si se las hubiera sacado brillo frotándose con la manga del jersey. Guantes de cuero negro, y esos zapatos que tenían una plataforma, y que hacían que las piernas de las chicas parecieran suspendidas en el vacío. Está cogida del brazo de mi padre y se les ve muy felices, aunque hay algo extraño. La sombra de mi padre se proyecta sobre la pared, y es como si no estuvieran ellos solos, y alguien les acompañara en secreto esperando una ocasión para actuar. Tenían dos hijos, y mi madre estaba embarazada del tercero, que era yo. Vivían en una casa que les había cedido una hermana de mi madre, que en ese tiempo se había ido al convento para meterse monja. No duró mucho, y regresó a su casa aver-

gonzada y enferma. Por un tiempo convivieron el matrimonio, los niños y ella. Luego les pidió que se fueran. Su argumento parece demencial, no estaba bien que en aquella casa donde vivía una mujer soltera, naciera un niño. Mis padres tenían que dormir separados y aprovechaban los raros momentos que ella no estaba en casa para sus expansiones amorosas. Siempre corriendo, a escondidas, como si la casa estuviera llena de ojos atroces que registraran cada uno de sus movimientos. Mi madre debió vivir alucinada. Era casi una niña, y estaba llena de vida. Cuando se casó con mi padre, en el año 1944, hacía furor la moda topolino. Los zapatos con plataforma, las rebecas ceñidas, y las faldas ajustadas y cortas, por encima de las rodillas. Mi tía le puso como condición para permanecer en su casa que se bajara los dobladillos de las faldas, y ella lo hizo sin rechistar. Es una imagen que jamás perdonaré a aquel mundo espantoso: la imagen de aquella muchacha bajándose los dobladillos de las faldas sin dejar de llorar.

Por eso cuando luego mi madre me contaba que por mí se habían tenido que ir de la casa de mi tía, sentía una profunda satisfacción. Creo que mi madre también debió sentirla. Abandonó la casa con el tiempo justo para tenerme en unas habitaciones con derecho a cocina, que alquilaron a toda prisa no muy lejos de allí. Y a mi siempre me encantó que mi madre me hablara de cómo fueron aquellos instantes. Cómo tuvieron que irse, ella con la barriga tan hinchada que



FRANCESC INFANTE

parecía que le iba a estallar, y cómo meterse a toda prisa en aquel lugar que a mi padre siempre le pareció infame, pero en el que ella, a pesar de todas las molestias que suponía, no debió ser tan desdichada porque siempre hablaba de él con una sonrisa.

Luego nos trasladamos a otra casa. Estaba situada en una calle con un nombre premonitorio, la calle del Paraíso, y ciertamente el tiempo que permanecimos en ella, cinco años, transcurrió leve y lleno de dicha. Muy cerca estaba el barrio de las prostitutas, y teníamos prohibido acercarnos. Al final de la tarde, los hombres acudían silenciosos y furtivos y se perdían por las callejas mal iluminadas como si se fueran desvaneciendo. Esos hombres, su expresión taciturna y sombría, me causaban inquietud. La mujeres, no. Me gustaba

encontrarme con ellas por la mañana, al volver del colegio. Tenían faldas de colores brillantes y se hablaban a gritos en medio de una alegría tal vez algo estentórea, pero llena de despreocupación y generosidad. Muy cerca había una pensión de estudiantes, que se pasaban el día asomados al balcón espionando sus movimientos. Llegaban a decirles cosas, y ellas les contestaban desde lejos, pues se ve que amaban esos súbitos intercambios, esos duelos verbales, ese mundo de procacidades y súbitos destellos, que debían iluminar su pobreza.

Justo enfrente de casa había una carpintería, y a su lado unas grandes cuadras. En la carpintería comprábamos el serrín para la estufa. El serrín es un producto que hoy casi ha desaparecido de nuestras vidas, y que antes estaba por todos los lados. Se utilizaba en las tien-

das cuando llovía, para evitar que se encharcaran los suelos, y se utilizaba en las estufas como combustible. Se prensaba alrededor de un tubo central, que luego al retirarse formaba una chimenea interior. La estufa se ponía tan roja que parecía que iba a estallar.

A las cuadras nosotros las llamábamos *La Posada de los Caballos*. Entonces aún se utilizaban mucho los carros y la gente que venía de los pueblos necesitaba un lugar donde dejarlos mientras llevaba a cabo sus gestiones. Una vez se desprendió un cable de alta tensión y electrocutó a uno de los caballos. Le recuerdo tumbado en el suelo, como si hubiera sido vencido inexplicablemente por el sueño, y recuerdo los esfuerzos que tuvieron que hacer los hombres para alzarle hasta el camión en que le vinieron a recoger. En invierno el aliento de

los caballos emergía de sus belfos como el vapor que expulsan las máquinas.

Tuve una infancia feliz. Mi padre era una persona afable y bondadosa, con una leve ironía, y con aficiones literarias. Buen conversador, y sobre todo con un gusto exquisito por las palabras. Recuerdo una anécdota. Una vez, un gitano le vendió un caballo tuerto. Solía entrar en tratos con los gitanos en el pueblo para comprar animales, y una y otra vez era engañado por ellos. No parecía importarle. Le gustaba su picardía, el lujo verbal, la chispa de aquellos tratos, en la que una y otra vez era víctima voluntaria. Aquella vez se repitió la escena de siempre. El gitano le llevó el caballo y al reparar mi padre en el defecto del animal el gitano utilizó un argumento irrefutable. Hay que decir que en ese tiempo había en el pueblo un carpintero que se llamaba Santos, que también era tuerto. Eso no era un obstáculo para que trabajara incansablemente y que fuera un gran carpintero. Ese fue el argumento del gitano. ¿No era Santos un gran artista a pesar de faltarle uno de sus ojos? El argumento hizo reír a mi padre que, vencido por la gracia verbal del gitano, se dejó convencer y compró el caballo. Mi madre, claro, le echó la bronca, y él para defenderse terminó empleando, como el más convincente de los argumentos, los mismos razonamientos que el gitano. ¿Para qué queríamos dos ojos si bastaba uno solo para ver? Aquella compra estuvo a punto de acarrear una desgracia, pues el caballo, al tener seriamente limitado el campo de su visión, era muy asustadizo y una tarde se espantó en la carretera y mi hermano mayor, que lo montaba, estuvo a punto de sufrir un accidente.

Gusto por lo verbal, ironía, disposición bondadosa, son las cualidades que admiro. Tal vez deba añadir dos más: vitalidad, alegría. Esas provienen enteramente de mi madre. Procedía de León, de un entorno más humilde. Sus padres, es decir, mis abuelos, tuvieron un hotel. Fueron 15 hermanos, de los que sólo sobrevivieron ocho. Aquel hotel, que se llamaba *La Leonesa*, debió ser un lugar magnífico y desesperadamente triste. Extremo en todos los sentidos. El rigor del padre, al que había que tratar de usted, y al que sus hijos apenas se atre-



FRANCESC INFANTE

vían a mirar a los ojos; la dureza de la madre, agobiada por el trabajo que le daban tanto sus propios hijos como los huéspedes del hotel; y el ambiente fratricida, pero inexplicablemente alegre que reinaba entre mis tíos y tías, cuya locura todo lo hacía posible, desde batallas campales utilizando lo primero que tuvieran a mano, una vez los garbanzos de la comida, hasta fugas cuyo objetivo inalcanzable eran los puertos asturianos y los barcos mercantes. Debió ser sin embargo un lugar magnífico. Por el hotel pasaban muchos viajeros que a menudo no podían pagar la cuenta. Se iban a hurtadillas, dejando el género en su habitación, que después de unas semanas de espera pasaba a engrosar, en concepto de compensación, las pertenencias de la familia. Una vez uno de esos viajeros se dejó una pieza de tela, y los ocho hijos terminaron vestidos con ella, en medio de la hilaridad general; otra, se encontraron inesperadamente como los propietarios de un mono. Era un mono completamente loco, del que nunca pudieron hacer vida y que terminaron por soltar a escondidas en el monte.

Era el lado de la vida. Mi madre era guapa, diez años más joven que mi padre y, sobre todo, estaba llena de alegría. Se disfrazaba para hacernos reír, nos hacía pasteles, y se desvivía cuando estábamos enfermos. Yo estuve una vez muy grave cuando apenas tenía un año, y ella se pasó noches enteras pegada a la cabecera de mi cama, poniéndome gotitas de agua en los labios para que no me deshidratara. Llegué a estar tan enfermo que mi padre, un pesimista contumaz, no hacía más que preguntarse cómo haría el coche fúnebre para recoger el pequeño ataúd. La calle estaba en obras y el acceso hasta el portal era prácticamente inviable. No hizo falta, y fue a mi madre a quien se lo debo. Me daba de

beber aquel agua limpia, me hablaba al oído como si fuera un pequeño dios. Un día estaba en la cocina y yo me puse de pie sobre la cuna y empecé a comerme las migas que había sobre la mesa. Era lo primero que comía y mi madre, al verme, se dió cuenta de que no me iba a morir.

Cuando ella venía a despedirse por las noches yo la pedía que me contara una y otra vez esa historia, que ella adornaba, deteniéndose cada poco para llenar mi cara de hileras interminables de besos. Me hablaba de lo malito que llegué a estar y de cómo, cuando todos pensaban en mi muerte, una mañana me puse de pie en la cuna y empecé a coger con las yemas de los dedos aquellas migas minúsculas, que se perfilaban sobre una mesa como si fuera la misma luz quien las hubiera formado. Mi madre me decía entonces que esas migas eran como trocitos que hubieran caído del sol. Y añadía: «Los comías como si fueras un pardal». Años después leí un poema de Emily Dickinson en que alude a ese sentimiento de extrañeza y júbilo ante lo minúsculo, y de cómo podemos sentirnos soberanos del mundo con tener tan sólo una miga de pan.

«Me pregunto cómo se sienten/
—los Ricos—
Los indios y los Condes—
Creo que yo —con tan sólo una Miga—
De todos ellos soy la Soberana».

Recuerdo que cuando mi madre me contaba esa escena yo me quedaba mirando su rostro, resplandeciente por el amor y la burla, y deseaba que ese relato no terminara nunca. No, no era como si esas migas de pan hubieran nacido del sol, sino como si ella las hubiera hecho surgir de la nada, como si las hubiera obtenido para mí con el exclusivo deseo de salvarme. ¿Existe un alimento como ese? Creo que sí. Que la salvación no depende de los grandes gestos, de las grandes palabras sino de una pequeña corrección en las cosas. Es una convicción que siempre me ha animado en las situaciones difíciles. Que basta con llevar a cabo esa corrección minúscula para que todo vuelva a funcionar. Llegar a ser soberano de una miga de pan. Creo que eso basta para vivir.